La mirada según Julia Sáez Angulo

Museum Jorge Rando

El grito del hambre

La imagen es tan fuerte, tan emocionalmente poderosa, que perturba la mirada del espectador. Un niño, más que llorar, grita, desde su cuerpo famélico y deforme, cerca de otras figuras de seres humanos situadas a su alrededor. Un niño de Etiopía quizá… o de Sudán. El crítico de arte siente el deseo de titular el cuadro El grito de África o El grito del hambre, seguramente siguiendo la pauta del célebre cuadro de Edward Munch titulado El grito. En el caso del pintor noruego, es el grito de la angustia de un adulto, de su necesidad psicológica de desahogo de tensiones; en El grito de Rando la figura es un niño que clama furibundo ante la deseperación de la muerte. Su impacto visual es todo un reclamo.

¿Cómo ha resuelto el pintor este tema? ¿Cómo lo ha traducido el artista en trasunto pictórico? En primer lugar, con una composición clásica , al situar la figura central en medio del cuadro, de cuerpo entero, ocupando casi la totalidad de la altura y apenas un tercio del ancho. El dibujo expresionista traza con fuerza y acierto, de modo sintético, las líneas negras precisas para marcar el rostro: cejas, pestañas y orificios nasales…Después viene la mancha de color sobre la carnación del cuerpo, y el autor aplica verdes apagados que anuncian o preludian el rígor mortis que atenaza al personaje. Un acierto intuitivo o racional, da lo mismo, perfecto de trazo y mancha. El pintor ha subrayado la idea del niño famélico dibujando sus costillas notorias, prominentes, con trazos oscuros a la derecha y más esclarecidos en el lado izquierdo, por donde llega la luz a la composición.

El dibujo de un sexo infantil grande y caído abunda en la misma idea de desolación. Manchas rosáceas, violáceas lo iluminan al tiempo que dialogan con otros ligeros contrapesos de la misma gama distribuidos en otras

otras partes del cuerpo.

La focalización visual del drama se produce fundamentalmente en la boca de la figura que emite el grito/llanto, a modo de compulsivo canto de cisne antes de la muerte. El pintor ha elegido el color que nos lleva a una carnación especial para esta boca, en paralelo a la que sombrea los párpados. A la derecha del cuadro el artista ha pintado la sombra dramática del niño, a base de una mancha oscura, unida a la figura infantil que la proyecto con un cambio de ritmo en su plasmación. Es el quiebro de la luz, no de manera física, como podría proyectarse en medio del sol ardiente de África, sino un quiebro artificioso creado por la voluntad del que dibuja y pinta con el pigmento, que busca una representatividad particular frente a la sombra posible o realista que pudiera resultar. El autor ha querido subrayar de nuevo en esa sombra el dibujo en negro de las costillas, una enfatización sobre el hambre amenazante de la muerte. El tema es fuerte y se impone al espectador de manera impactante, casi como un cartel o grito en la pared.

Dos figuras de hombre y mujer en silueta se sitúan a la izquierda del cuadro. El pintor apuntala sus perfiles anónimos como sombras oscuras, con trazos amarillos y naranjas. La figura femenina la subraya con una mancha roja a modo de cabellera. Este rojo sigue un ritmo de diagonal perfecta con otras dos manchas similares en la misma obra. Un eco de diagonal barroca. En la parte derecha el rojo se expande y casi parece siluetear una extraña forma humana (la imaginación del espectador, incluida la del crítico, es libre). Hacia el fondo e interior de la figura femenina- igualmente dibujada con los trazos paralelos de las costillas-, en un cambio de escala, se aprecia una suerte de construcción hecha de palos y un sombrajo, dando quizá una idea de cobijo. Junto a la sombra del niño, las figuras forman cierto ritmo circular en la composición del cuadro.

En el ángulo superior izquierdo el pintor ha dejado fluir, caer libremente la pintura entonada en rosas cercanos al malva, junto a la inmediata mancha negra, aplicada de igual modo, dejando que su liquidez chorree e invada la superficie del lienzo. A su aire el pigmento también pinta, parece decirnos el pintor. La mancha negra de la pintura atraviesa la figura central por detrás y se incorpora a la sombra oscura sin solución de continuidad uniendo los dos ángulos del cuadro.

Una mancha blanquecina, diluida y lechosa envuelve la escena en una irrealidad, quizá nocturnidad, al tiempo que suaviza la pintura, confiriendo una luz envolvente a todo el cuadro.

AFRIKA ADIO